

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 7 de Octubre de 1916

AÑO XII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 629

De actualidad

Cuando se contempla el afán que ponen los hombres y los pueblos en los negocios de esta vida, y cómo dedican sus ansias y energías a los asuntos mundanales, no causa extrañeza que conforme los progresos materiales adelantan, retroceda el progreso moral de una manera tan ostensible, que aún a aquellos que se han convertido en paladines de la materia, atacando y rechazando toda religión positiva, que han hecho y hacen esfuerzos prodigiosos para desterrar de los individuos y de las Sociedades toda espiritualidad, sientan temor ante el horrible avance de la ola de cieno, que desenfundadas pasiones han levantado, y tratan de poner diques y valladares, pues preven el desquiciamiento que trae consigo esa inundación de bajos apetitos, que forzosamente se apodera de los hombres, cuando olvidan su nobilísima procedencia y que como consecuencia inmediata hay que tender al fin para que fueron creados los seres, en particular el hombre.

Como de todos es sabido, el universo fué hecho como demostración de la omnipotencia de Dios, y es el salterio que sin cesar canta alabanzas a su nombre santo; pero la criatura racional que Él creara a su imagen, y que por lo tanto, lo conoce y comprende, debe ir directa a su altísimo fin, cual es el goce de la Divinidad, cumpliendo la ley que el Hacedor ha grabado con caracteres imborrables en el corazón de las criaturas.

¿Qué pedir, qué exigir a quien todo lo espera de la tierra? Si es favorecido por la fortuna, el egoísmo, la avaricia y la soberbia, serán los reyes de su corazón y tiranos fríos de alma, despóticos y recelosos; por doquiera llevarán el carro de su altivez y codicia, pisoteando cuanto se les ponga delante. La lujuria corromperá sus sentimientos y en busca de nuevos placeres, nada respetará, nada le servirá de valladar y freno. Ha de morir, nada aguarda tras la tumba, pues a satisfacer ambiciones y apetitos.

Es un desheredado: el odio, la envidia, la desesperación anidarán en su alma, y en la impotencia en que está sumergido por falta de medios materiales, arrojará como pueda, al prócer, al acaudalado, al patrono, a quienes juzga causante de sus males, y en horrible desesperación, pues nada cree

que existe más allá del sepulcro, con la tea, con la bomba, destruye, aniquila, y busca con ansia febril el puñado de oro que le dé dichas terrenas, que forman para ellos la suprema felicidad.

Bendigamos los adelantos materiales, loores y muy grandes para el genio y el talento, gratitud impercedera para los que se sacrifican en ara del progreso material, todo es muy bueno como que son destellos del alma, que confirman su naturaleza espiritual, pero marchen paralelos, un poco más adelantado, si cabe, el progreso moral tabla salvadora de entidades e individuos, y si no dedicamos atención a él na exijamos sociedades perfectas en lo que cabe en este lugar de destierro. Dedicuemos pues todos un rato, para levantar el hermoso edificio del bien moral, que sólo se obtiene con el recuerdo de Dios.

La mejor devoción

La devoción del Rosario tiene por «objeto» la vida entera y las maravillas todas de Jesús y María, y no una sola parte de su ser o de su vida, como las otras devociones.

Su «fin» es conocer a Jesús y a María, y conociéndolos, amarlos y amándoles, imitarlos, e imitándolos, santificarnos, devolviéndoles pensamiento por pensamiento, amor por amor y vida por vida.

Por razón de sus «bienes» debe decirse que entre todas las devociones es:

1.º La más «excelente», ya sea que se considere en su objeto material, que no es otro que la persona entera de Jesús y la de María, y la vida toda de ambos; ya en su objeto formal que son las inefables bondades manifestadas al hombre por los mismos Jesús y María en los quince misterios que el Rosario encierra.

2.º La más «píderosa» para mover nuestros corazones; puesto caso que nos pone delante de los ojos los encantos de la niñez de Jesús, las virtudes de su adolescencia, los tormentos de su Pasión y la gloria de su triunfo, como también la pureza, dignidad, dolores y poder regio de María.

3.º La más «sólida», en cuanto que entraña en sí misma, por entero, toda la religión cristiana, que consiste «en conocer a Dios» y sus principales misericordias, y luego amarle y servirle.

4.º La más «útil», dado que nos une por María a Jesús, modelo acaba-

do de todas las virtudes, primero con el pensamiento meditando su vida divina, y después, con la voluntad y demás potencias moviéndonos a tier- nos afectos.

5.º La más «consoladora», porque no hay pena, ni trabajo, ni congoja por insignificante o pesada que sea, que no se haga llevadera considerando las privaciones de Jesús niño, la Pasión de Jesús mártir, y los premios de Jesús triunfador, juntamente con las privaciones, compasión y premios de María su Madre.

6.º La más «saludable» para la sociedad, como lo dicen la historia de siete siglos, las Encíclicas de los Papas, los libros de los Santos y los infinitos millares de corazones convertidos o santificados.

7.º La más «rica» en indulgencias para los cofrades, en todas las fiestas del año y varios domingos de cada mes; como también en sufragios, puesto que cada año se celebran «más de cien mil Misas» en la Orden Dominicana por los cofrades difuntos.

Con razón, pues, decía San Carlos Borromeo que «El Rosario es la devoción más divina.»

María del Rosario

Del Rosario santo a la Madre pía,
Con suma alegría todos saludemos;
La gloria cantemos y su frente adornen
Cándidas rosas.

Hijos de María entonad el canto,
El Rosario santo rezad piadosos;
Ofreced gozosos a la Virgen pura
Pomposas rosas.

Muchas son las gracias que tiene el Rosario,
Y a nuestro adversario, un devoto tierno,
Humilla al Averno, pues todo lo pueden
Las frescas rosas.

Es musa sagrada, bella y hermosa,
Viola olorosa, del pensil vedado,
Deleita el amado, muy amorosa
Fragante rosa.

De estas flores ricas la Madre adornemos,
Y celebraremos a la princesa
Cuya belleza, tanto resplandece
Cual fresca rosa.

Triunfó el Rosario en el mar de Lepanto
Fué del turco espanto, rosa, pura y bella
Resplandeciente estrella, que llena fragante
Al mundo todo.

Y a cual exclamamos ¡Madre piadosa!

Cuento Ofofal

En las noches largas y tristes de esta desahucible estación otofal, es pun- te casi obligado en las casitas de las

aldeas, que el patriarca de la familia relate algún cuento, sentado con su prole alrededor de la fogarata, que alimentada por gruesas ramas arden en el hogar.

Una de estas noches se pasaba por alto el cuento; el abuelito, que con la cabeza inclinada parecía meditar, no tenía ganas de hablar; pero ante los lloros de los nietos y las súplicas de los mayores se decidió por darles gusto.

En medio de un silencio solemne empezó el abuelo de esta manera:

No va a ser cuento lo que yo os diga, serán cosas que pasaron, porque los viejos sólo vivimos del recuerdo de nuestras alegrías y nuestras penas.

Era yo joven, pues sólo tenía veinte años, y estaba en el ejército activo sirviendo a la patria durante el reinado de Isabel II.

Las sediciones y movimientos revolucionarios, que ya se habían hecho manifiesto varias veces, tuvieron un triste epilogo: el grito revolucionario dado en Cádiz, repercutió en toda España, terminando en Alcolea, en cuya batalla temé yo parte, viéndonos obligados a emprender la retirada por haber herido al general de las tropas leales.

Concluida la revolución volví a mi pueblo en el cual había dejado a mis padres y mi novia: ésta última que ahora es mi mujer, era, haciéndo honor a la verdad, una real moza. Alegres pasaron los meses y cuando ya estaba próximo a casarme, un importantísimo suceso me lo impidió.

En el norte habían aparecido las primeras partidas carlistas y salí a incorporarme a ellas; la despedida de mi pueblo natal fué tiernísima; luchaban dentro de mi alma el amor y lo que yo consideraba mi deber, y triunfó éste: a guisa de fusil, mi mismo padre me cargó al hombre una escopeta de pistón, en tanto que mi madre me besaba y abrazaba llorosa, y con una energía sin igual me decía ¡sé valiente! En cuanto a mi novia, me prometió que aunque pasasen años y años y no volviere ni supiesen de mí, me aguardaría siempre.

Llevábamos dos años de campaña, y lucía en mi bocamanga las insignias de sargento cuando fui gravemente herido en un combate; en una camilla me trasladaron rápidamente al hospital donde me curaron con todo el detenimiento y cuidado que merecía la herida.